

Traducción
Prioridades para la economía del COVID-19
Project Syndicate

1 de julio de 2020

Joseph E. Stiglitz

Con la esperanza de que un fuerte repunte de la recesión inducida por la pandemia se desvanezca rápidamente, los responsables políticos deben hacer una pausa y hacer un balance de lo que se necesitará para lograr una recuperación sostenida. Las prioridades políticas más urgentes han sido obvias desde el principio, pero requerirán decisiones difíciles y una muestra de voluntad política.

NUEVA YORK - Aunque parece una historia antigua, no ha pasado tanto tiempo desde que las economías de todo el mundo comenzaron a cerrarse en respuesta a la pandemia de COVID-19. Al principio de la crisis, la mayoría de las personas anticiparon una rápida recuperación en forma de V, bajo el supuesto de que la economía simplemente necesitaba un corto tiempo de espera. Después de dos meses de tiernos cuidados amorosos y montones de dinero, continuaría donde lo dejó.

Fue una idea atractiva. Pero ahora es julio, y una recuperación en forma de V es probablemente una fantasía. Es probable que la economía post-pandémica sea anémica, no solo en los países que no han logrado controlar la pandemia (es decir, los Estados Unidos), sino incluso en aquellos que se han desenvuelto bien. El Fondo Monetario Internacional proyecta que, para fines de 2021, la economía global será apenas mayor de lo que era a fines de 2019, y que las economías de EE. UU. y Europa seguirán siendo un 4% más pequeñas.

La perspectiva económica actual se puede ver en dos niveles. La macroeconomía nos dice que el gasto disminuirá, debido al debilitamiento de los balances de los hogares y las empresas, una serie de quiebras que destruirán el capital organizacional e informativo, y un fuerte comportamiento preventivo inducido por la incertidumbre sobre el curso de la pandemia y las respuestas de política a la misma. Al mismo tiempo, la microeconomía nos dice que el virus actúa como un impuesto sobre las actividades que involucran un contacto humano cercano. Como tal, continuará generando grandes cambios en los patrones de consumo y producción, lo que a su vez provocará una transformación estructural más amplia.

Sabemos, tanto por la teoría económica como por la historia, que los mercados por sí solos no son adecuados para gestionar dicha transición, especialmente considerando lo repentino que ha sido. No hay una manera fácil de convertir a los empleados de la aerolínea en técnicos de Zoom. e incluso si pudiéramos, los sectores que ahora se están expandiendo son mucho menos intensivos en mano de obra y más habilidades que los que están suplantando.

También sabemos que las grandes transformaciones estructurales tienden a crear un problema keynesiano tradicional, debido a lo que los economistas llaman los efectos de ingreso y sustitución. Incluso si los sectores sin contacto humano se están expandiendo, reflejando mejoras

en su relativo atractivo, el aumento del gasto asociado se verá compensado por la disminución en el gasto que resulta de la disminución de los ingresos en los sectores en disminución.

Además, en el caso de la pandemia, habrá un tercer efecto: el aumento de la desigualdad. Debido a que las máquinas no pueden ser infectadas por el virus, se verán relativamente más atractivas para los empleadores, particularmente en los sectores contratados que usan relativamente más mano de obra no calificada. Y, dado que las personas de bajos ingresos deben gastar una mayor parte de sus ingresos en bienes básicos que los de arriba, cualquier aumento de la desigualdad impulsado por la automatización será contradictorio.

Además de estos problemas, hay dos razones adicionales para el pesimismo. Primero, aunque la política monetaria puede ayudar a algunas empresas a lidiar con las restricciones temporales de liquidez, como sucedió durante la Gran Recesión 2008-09, no puede solucionar los problemas de solvencia ni puede estimular la economía cuando las tasas de interés ya están cerca de cero.

Además, en los Estados Unidos y en algunos otros países, las objeciones "conservadoras" al aumento del déficit y los niveles de deuda se interpondrán en el camino del estímulo fiscal necesario. Sin duda, las mismas personas estaban más que felices de reducir los impuestos para multimillonarios y corporaciones en 2017, rescatar a Wall Street en 2008 y echar una mano a los gigantes corporativos este año. Pero otra cosa es extender el seguro de desempleo, la atención médica y el apoyo adicional a los más vulnerables.

Las prioridades a corto plazo han sido claras desde el comienzo de la crisis. Obviamente, la emergencia de salud debe abordarse (por ejemplo, asegurando suministros adecuados de equipo de protección personal y capacidad hospitalaria), porque no puede haber una recuperación económica hasta que se contenga el virus. Al mismo tiempo, las políticas para proteger a los más necesitados, proporcionar liquidez para evitar quiebras innecesarias y mantener vínculos entre los trabajadores y sus empresas son esenciales para garantizar un reinicio rápido cuando llegue el momento.

Pero incluso con estos elementos esenciales obvios en la agenda, hay que tomar decisiones difíciles. No deberíamos rescatar a las empresas, como los minoristas tradicionales, que ya estaban en declive antes de la crisis; hacerlo simplemente crearía "zombis", limitando en última instancia el dinamismo y el crecimiento. Tampoco deberíamos rescatar a empresas que ya estaban demasiado endeudadas para poder resistir cualquier choque. La decisión de la Reserva Federal de los Estados Unidos de apoyar el mercado de bonos basura con su programa de compra de activos es casi seguro un error. De hecho, este es un caso en el que el riesgo moral es realmente una preocupación relevante; Los gobiernos no deberían proteger a las empresas de su propia locura.

Debido a que es probable que el COVID-19 permanezca con nosotros a largo plazo, tenemos tiempo para asegurarnos de que nuestros gastos reflejen nuestras prioridades. Cuando llegó la pandemia, la sociedad estadounidense estaba dividida por inequidades raciales y económicas, estándares de salud en declive y una dependencia destructiva de los combustibles fósiles. Ahora

que el gasto público se está desatando a gran escala, el público tiene derecho a exigir que las empresas que reciben ayuda contribuyan a la justicia social y racial, a mejorar la salud y al cambio hacia una economía más verde y más basada en el conocimiento. Estos valores deben reflejarse no solo en cómo asignamos el dinero público, sino también en las condiciones que imponemos a sus destinatarios.

Como mis coautores y yo señalamos en un estudio reciente, un gasto público bien dirigido, particularmente inversiones en la transición verde, puede ser oportuno, intensivo en mano de obra (ayudando a resolver el problema del aumento del desempleo) y altamente estimulante: mucho más por el dinero que, por ejemplo, recortes de impuestos. No hay ninguna razón económica por la que los países, incluido Estados Unidos, no puedan adoptar programas de recuperación grandes y sostenidos que afirmen, o los acerquen, a las sociedades que dicen ser.